

THE JUNGLE BOOK



RUDYARD KIPLING

El eBook de Proyecto Gutenberg de El Libro de la Selva

Este eBook es para el uso de cualquier persona en cualquier lugar de los Estados Unidos y la mayor parte del resto del mundo sin costo y con casi ninguna restricción alguna. Puede copiarlo, regalarlo o reutilizarlo bajo los términos de la Licencia de Proyecto Gutenberg incluida con este eBook o en línea en www.gutenberg.org. Si no se encuentra en los Estados Unidos, deberá consultar las leyes del país donde se encuentre antes de utilizar este eBook.

Título: El Libro de la Selva

Autor: Rudyard Kipling

Fecha de publicación: Enero 16, 2006 [eBook #236]

Actualizado más recientemente: Mayo 1, 2023

Idioma: Inglés

*** COMIENZO DEL EBOOK DE PROYECTO GUTENBERG EL
LIBRO DE LA SELVA ***

EL LIBRO DE LA SELVA

Por Rudyard Kipling



“El pequeño Toomai se tumbó cerca del gran
cuello por si una rama oscilante lo barría al
suelo.”



Mowgli y el lobo solitario

Contenido

[Mowgli's Brothers](#)

[Canción de caza de la manada Seeonee](#)

[Kaa's Hunting](#)

[Canción del camino de los Bandar-Log](#)

["Tiger! Tiger!"](#)

[Mowgli's Song](#)

[La foca blanca](#)

[Lukannon](#)

["Rikki-Tikki-Tavi"](#)

[Darzee's Chant](#)

[Toomai de los elefantes](#)

[Shiv y el saltamontes](#)

[Her Majesty's Servants](#)

[Canción de desfile de los animales del campamento](#)



Los Hermanos de Mowgli

Ahora Rann el Cernícalo trae la noche a casa
Que Mang el Murciélago libera—
Los rebaños se encierran en redil y choza
Pues sueltos hasta el amanecer estamos nosotros.
Esta es la hora del orgullo y el poder,
Garra y colmillo y zarpa.
¡Oh, oíd la llamada!—Buena caza para todos
¡Los que guardan la Ley de la Selva!
Canción Nocturna en la Selva

Eran las siete de una tarde muy cálida en las colinas de Seeonee cuando Padre Lobo se despertó de su descanso diurno, se rascó, bostezó y estiró sus patas una tras otra para deshacerse de la somnolencia en sus puntas. Madre Lobo yacía con su gran hocico gris apoyado sobre sus cuatro cachorros que se revolvían y chillaban, y la luna brillaba en la boca de la cueva donde todos vivían. “¡Augrh!” dijo Padre Lobo. “Es hora de cazar de nuevo.” Iba a saltar colina abajo cuando una pequeña sombra con cola tupida cruzó el umbral y gimió: “Que la buena suerte te acompañe, ¡Oh Jefe de los Lobos! Y que la buena suerte y los fuertes dientes blancos acompañen a los nobles hijos para que nunca olviden a los hambrientos en este mundo.”



“Que la buena suerte te acompañe, ¡Oh jefe de los lobos!”

Era el chacal —Tabaqui, el Lamedor de Platos— y los lobos de la India desprecian a Tabaqui porque anda sembrando el caos, contando chismes y comiendo harapos y trozos de cuero de los montones de basura del pueblo. Pero también le tienen miedo, porque Tabaqui, más que nadie en la selva, tiende a enloquecer, y entonces olvida que alguna vez tuvo miedo de alguien, y corre por el bosque mordiendo todo a su paso. Incluso el tigre corre y se esconde cuando el pequeño Tabaqui enloquece, pues la locura es lo más vergonzoso que puede sobrevenir a una criatura salvaje. Lo llamamos hidrofobia, pero ellos lo llaman dewanee —la locura— y huyen.

“Entra, entonces, y mira,” dijo Padre Lobo rígidamente, “pero aquí no hay comida.”

“Para un lobo, no,” dijo Tabaqui, “pero para una persona tan insignificante como yo, un hueso seco es un buen festín. ¿Quiénes somos nosotros, los Gidur-log [la gente chacal], para elegir?” Se escabulló hacia el fondo de la cueva, donde encontró el hueso de un ciervo con algo de carne, y se sentó a roer el extremo alegremente.

“Mil gracias por esta buena comida,” dijo, lamiéndose los labios. “¡Qué hermosos son los nobles hijos! ¡Qué grandes son sus ojos! ¡Y tan jóvenes también! De verdad, de verdad, podría haber recordado que los hijos de los reyes son hombres desde el principio.”

Ahora bien, Tabaqui sabía tan bien como cualquiera que no hay nada tan desafortunado como felicitar a los niños a la cara. Le complació ver a Madre y Padre Lobo incomodarse.

Tabaqui se quedó quieto, regocijándose en el mal que había causado, y entonces dijo con malicia:

“Shere Khan, el Grande, ha cambiado sus territorios de caza. Cazará en estas colinas durante la próxima luna, eso me ha dicho.”

Shere Khan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a treinta kilómetros de distancia.

“¡No tiene derecho!” empezó Padre Lobo enfadado—“¡Por la Ley de la Selva no tiene derecho a cambiar de cuartel sin previo aviso! Asustará a toda la caza en un radio de dieciséis kilómetros, y yo—yo tengo que matar por dos, estos días.”

“Su madre no lo llamó Lungri [el Cojo] por nada,” dijo Madre Lobo tranquilamente. “Ha estado cojo de un pie desde su nacimiento. Por eso solo ha matado ganado. Ahora los aldeanos de Waingunga están enfadados con él, y ha venido aquí para enfadar a nuestros aldeanos. Escudriñarán la selva buscándolo cuando esté lejos, y nosotros y nuestros hijos tendremos que huir cuando la hierba se incendie. ¡De verdad, estamos muy agradecidos a Shere Khan!”

“¿Le digo de vuestra gratitud?” dijo Tabaqui.

“¡Fuera!” espetó Padre Lobo. “¡Fuera y caza con tu amo. Ya has hecho suficiente daño por una noche!”

“Me voy,” dijo Tabaqui tranquilamente. “Podéis oír a Shere Khan abajo en los matorrales. Podría haberme ahorrado el mensaje.”

Padre Lobo escuchó, y abajo en el valle que descendía hacia un pequeño río oyó el gemido seco, enfadado, gruñidor y cantarino de un tigre que no había cazado nada y no le importaba si toda la selva lo sabía.

“¡El tonto!” dijo Padre Lobo. “¡Empezar la noche de caza con ese ruido! ¿Cree que nuestros ciervos son como sus gordos bueyes de Waingunga?”

“H’sh. No es buey ni ciervo lo que caza esta noche,” dijo Madre Lobo. “Es Hombre.”

El gemido se había convertido en una especie de ronroneo que parecía venir de todas las direcciones de la brújula. Era el ruido que desconcierta a los leñadores y gitanos que duermen al aire libre, y los hace correr a veces hasta la misma boca del tigre.

“¡Hombre!” dijo Padre Lobo, mostrando todos sus blancos dientes. “¡Faugh! ¿No hay suficientes escarabajos y ranas en los estanques para que tenga que comer Hombre, y además en nuestro territorio!”

La Ley de la Selva, que nunca ordena nada sin razón, prohíbe a toda bestia comer Hombre, excepto cuando está matando para enseñar a sus hijos a matar, y entonces debe cazar fuera de los territorios de caza de su manada o tribu. La verdadera razón de esto es que matar hombres significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos en elefantes, con armas, y cientos de hombres morenos con gongs y cohetes y antorchas. Entonces todos en

la selva sufren. La razón que dan las bestias entre sí es que el Hombre es lo más débil e indefenso de todos los seres vivos, y no es deportivo tocarlo. Dicen también —y es verdad— que los devoradores de hombres se vuelven sarnosos y pierden los dientes.

El ronroneo se hizo más fuerte, y terminó en el “¡Aaarh!” a todo pulmón de la carga del tigre.

Entonces hubo un aullido —un aullido poco tigresco— de Shere Khan. “Ha fallado,” dijo Madre Lobo. “¿Qué es?”

Padre Lobo corrió unos pasos y oyó a Shere Khan refunfuñando y murmurando salvajemente mientras se revolcaba en la maleza.

“El tonto no ha tenido más sentido que saltar a la hoguera de un leñador, y se ha quemado los pies,” dijo Padre Lobo con un gruñido. “Tabaqui está con él.”

“Algo viene cuesta arriba,” dijo Madre Lobo, moviendo una oreja. “Preparaos.”

Los arbustos crujieron un poco en la maleza, y Padre Lobo se agachó con las ancas debajo de él, listo para saltar. Entonces, si hubierais estado mirando, habríais visto la cosa más maravillosa del mundo: el lobo frenado a medio salto. Dio el salto antes de ver lo que era, y luego intentó detenerse. El resultado fue que se elevó recto en el aire unos cuatro o cinco pies, aterrizando casi donde había empezado.

“¡Hombre!” espetó. “Un cachorro de hombre. ¡Mira!”

Directamente frente a él, sujetándose a una rama baja, estaba un bebé moreno desnudo que apenas podía caminar —un átomo tan suave y regordete como jamás llegó a la cueva de un lobo por la noche. Miró a la cara de Padre Lobo y se rió.

“¿Es eso un cachorro de hombre?” dijo Madre Lobo. “Nunca he visto uno. Tráelo aquí.”

Un lobo acostumbrado a llevar a sus propios cachorros puede, si es necesario, coger un huevo en la boca sin romperlo, y aunque las fauces de

Padre Lobo se cerraron justo sobre la espalda del niño, ni un diente le arañó la piel mientras lo depositaba entre los cachorros.

“¡Qué pequeño! ¡Qué desnudo, y —qué audaz!” dijo Madre Lobo suavemente. El bebé se abría paso entre los cachorros para acercarse al cálido pelaje. “¡Ahai! Está tomando su comida con los demás. ¿Y así es un cachorro de hombre? Ahora, ¿ha habido alguna vez una loba que pudiera presumir de tener un cachorro de hombre entre sus hijos?”

“He oído hablar de tal cosa de vez en cuando, pero nunca en nuestra Manada ni en mi tiempo,” dijo Padre Lobo. “Está completamente sin pelo, y podría matarlo con un toque de mi pata. Pero mira, levanta la vista y no tiene miedo.”

La luz de la luna fue bloqueada en la entrada de la cueva, pues la gran cabeza cuadrada y los hombros de Shere Khan se asomaron por la entrada. Tabaqui, detrás de él, chillaba: “¡Mi señor, mi señor, entró por aquí!”

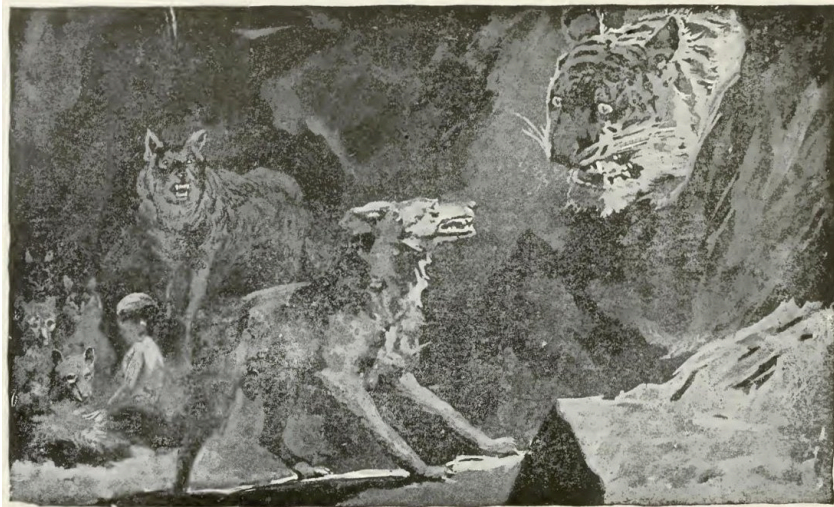
“Shere Khan nos hace un gran honor,” dijo Padre Lobo, pero sus ojos estaban muy enfadados. “¿Qué necesita Shere Khan?”

“Mi presa. Un cachorro de hombre pasó por aquí,” dijo Shere Khan. “Sus padres han huido. Dámelo.”

Shere Khan había saltado a la hoguera de un leñador, como había dicho Padre Lobo, y estaba furioso por el dolor de sus patas quemadas. Pero Padre Lobo sabía que la boca de la cueva era demasiado estrecha para que un tigre entrara. Incluso donde estaba, los hombros y las patas delanteras de Shere Khan estaban apretados por falta de espacio, como lo estaría un hombre si intentara luchar en un barril.

“Los Lobos son un pueblo libre,” dijo Padre Lobo. “Reciben órdenes del Jefe de la Manada, y no de ningún matador de ganado rayado. El cachorro de hombre es nuestro, para matarlo si así lo decidimos.”

“¡Decidís y no decidís! ¿Qué es esta charla de decidir? ¡Por el toro que maté, he de quedarme olfateando en tu guarida de perro por mis justos derechos? ¡Soy yo, Shere Khan, quien habla!”



El rugido del tigre llenó la cueva de truenos.

El rugido del tigre llenó la cueva de truenos. Madre Lobo se sacudió los cachorros y se lanzó hacia adelante, sus ojos, como dos lunas verdes en la oscuridad, fijándose en los ojos ardientes de Shere Khan.

“Y soy yo, Raksha [El Demonio], quien responde. El cachorro de hombre es mío, ¡Cojo, mío! No será matado. Vivirá para correr con la Manada y cazar con la Manada; y al final, mira, cazador de pequeños cachorros desnudos —comedor de ranas— matador de peces— ¡te cazaré a ti! ¡Ahora vete, o por el Sambhur que maté (no como ganado flaco), volverás a tu madre, bestia quemada de la selva, más cojo de lo que entraste en el mundo! ¡Vete!”

Padre Lobo miró asombrado. Casi había olvidado los días en que ganó a Madre Lobo en una justa lucha a cinco lobos más, cuando ella corría en la Manada y no se llamaba El Demonio por cortesía. Shere Khan podría haber enfrentado a Padre Lobo, pero no podía enfrentarse a Madre Lobo, pues sabía que donde estaba ella tenía toda la ventaja del terreno, y lucharía hasta la muerte. Así que retrocedió de la boca de la cueva gruñendo, y cuando estuvo fuera gritó:

“¡Cada perro ladra en su propio patio! Veremos qué dice la Manada sobre esta crianza de cachorros de hombre. El cachorro es mío, y a mis dientes llegará al final, ¡oh ladrones de cola tupida!”

Madre Lobo se dejó caer jadeando entre los cachorros, y Padre Lobo le dijo gravemente:

“Shere Khan dice algo de verdad. El cachorro debe ser mostrado a la Manada. ¿Lo guardarás todavía, Madre?”

“¡Guardarlo!” jadeó. “Llegó desnudo, de noche, solo y muy hambriento; ¡sin embargo, no tuvo miedo! Mira, ya ha apartado a uno de mis cachorros. ¡Y ese carnicero cojo lo habría matado y habría huido a Waingunga mientras los aldeanos de aquí buscaban en todos nuestros escondites en venganza! ¿Guardarlo? Aseguradamente lo guardaré. Quédate quieto, pequeña rana. ¡Oh tú, Mowgli, pues Mowgli la Rana te llamaré, llegará el momento en que cazarás a Shere Khan como él te ha cazado a ti!”

“Pero, ¿qué dirá nuestra Manada?” dijo Padre Lobo.

La Ley de la Selva establece muy claramente que cualquier lobo puede, al casarse, retirarse de la Manada a la que pertenece. Pero tan pronto como sus cachorros tengan edad suficiente para mantenerse en pie, debe llevarlos al Consejo de la Manada, que generalmente se celebra una vez al mes a la luna llena, para que los otros lobos puedan identificarlos. Después de esa inspección, los cachorros son libres de ir donde quieran, y hasta que no hayan matado su primer ciervo, no se acepta ninguna excusa si un lobo adulto de la Manada mata a uno de ellos. El castigo es la muerte donde se pueda encontrar al asesino; y si lo piensas un minuto, verás que así debe ser.



La ‘Roca del Consejo’

Padre Lobo esperó hasta que sus cachorros pudieron correr un poco, y luego, en la noche de la Reunión de la Manada, los llevó a él y a Mowgli y a Madre Lobo a la Roca del Consejo, una colina cubierta de piedras y rocas donde cien lobos podían esconderse. Akela, el gran lobo solitario gris, que lideraba toda la Manada por fuerza y astucia, yacía tumbado sobre su roca, y debajo de él se sentaban cuarenta o más lobos de todos los tamaños y colores, desde veteranos del color de tejón que podían manejar un ciervo solos hasta jóvenes lobos negros de tres años que creían que podían. El Lobo Solitario los había liderado durante un año. Había caído dos veces en una trampa para lobos en su juventud, y una vez había sido golpeado y dado por muerto; así que conocía las costumbres de los hombres. Había muy poca charla en la Roca. Los cachorros se revolcaban unos sobre otros en el centro del círculo donde se sentaban sus madres y padres, y de vez en cuando un lobo mayor se acercaba tranquilamente a un cachorro, lo miraba cuidadosamente y regresaba a su lugar con pasos silenciosos. A veces, una madre empujaba a su cachorro lejos hacia la luz de la luna para asegurarse de que no había sido pasado por alto. Akela desde su roca gritaba: “¡Conocéis la Ley, conocéis la Ley! ¡Mirad bien, ¡Oh Lobos!” Y las ansiosas madres repetían el grito: “¡Mirad, mirad bien, ¡Oh Lobos!”

Finalmente —y el pelaje del cuello de Madre Lobo se erizó al llegar el momento— Padre Lobo empujó a “Mowgli la Rana”, como lo llamaban, al centro, donde se sentó riendo y jugando con unas piedrecitas que brillaban a la luz de la luna.

Akela nunca levantó la cabeza de sus patas, sino que continuó con el monótono grito: “¡Mirad bien!” Un rugido ahogado provino de detrás de las rocas —la voz de Shere Khan gritando: “El cachorro es mío. Dámelo. ¿Qué tienen que ver los Pueblos Libres con un cachorro de hombre?” Akela ni siquiera movió las orejas. Todo lo que dijo fue: “¡Mirad bien, ¡Oh Lobos! ¿Qué tienen que ver los Pueblos Libres con las órdenes de alguien que no sean los Pueblos Libres? ¡Mirad bien!”



La reunión en la Roca del Consejo

Hubo un coro de profundos gruñidos, y un lobo joven de cuarto año le devolvió la pregunta de Shere Khan a Akela: “¿Qué tienen que ver los Pueblos Libres con un cachorro de hombre?” Ahora bien, la Ley de la Selva establece que si hay alguna disputa sobre el derecho de un cachorro a ser aceptado por la Manada, debe ser defendido por al menos dos miembros de la Manada que no sean su padre y su madre.

“¿Quién habla por este cachorro?” dijo Akela. “Entre los Pueblos Libres, ¿quién habla?” No hubo respuesta y Madre Lobo se preparó para lo que sabía que sería su última lucha, si llegaba a las manos.

Entonces la única otra criatura a la que se le permite estar en el Consejo de la Manada —Baloo, el oso pardo somnoliento que enseña la Ley de la Selva a los cachorros de lobo: el viejo Baloo, que puede ir y venir donde le place porque solo come nueces, raíces y miel— se levantó sobre sus cuartos traseros y gruñó.

“¿El cachorro de hombre, el cachorro de hombre?” dijo. “Yo hablo por el cachorro de hombre. No hay daño en un cachorro de hombre. No tengo don de palabras, pero digo la verdad. Que corra con la Manada, y sea admitido con los demás. Yo mismo le enseñaré.”

“Necesitamos uno más,” dijo Akela. “Baloo ha hablado, y él es nuestro maestro para los cachorros. ¿Quién habla además de Baloo?”

Una sombra negra descendió al círculo. Era Bagheera, la Pantera Negra, negra como la tinta por completo, pero con las marcas de pantera que se veían con cierta luz como el patrón de seda adamascada. Todos conocían a Bagheera, y a nadie le gustaba cruzarse en su camino; pues era tan astuto como Tabaqui, tan audaz como el búfalo salvaje, y tan imprudente como el elefante herido. Pero tenía una voz tan suave como miel silvestre goteando de un árbol, y una piel más suave que el plumón.

“¡Oh Akela, y vosotros los Pueblos Libres,” ronroneó, “no tengo derecho en vuestra asamblea, pero la Ley de la Selva dice que si hay una duda que no sea un asunto de muerte en cuanto a un nuevo cachorro, la vida de ese cachorro puede ser comprada a un precio. Y la Ley no dice quién puede o no puede pagar ese precio. ¿Tengo razón?”

“¡Bien! ¡Bien!” dijeron los lobos jóvenes, que siempre tienen hambre. “Escuchad a Bagheera. El cachorro puede ser comprado por un precio. Es la Ley.”

“Sabiendo que no tengo derecho a hablar aquí, pido vuestro permiso.”

“¡Habla entonces!” gritaron veinte voces.

“Matar a un cachorro desnudo es una vergüenza. Además, puede ser un mejor entretenimiento para vosotros cuando crezca. Baloo ha hablado en su nombre. Ahora a la palabra de Baloo añadiré un toro, y uno gordo, recién matado, a menos de medio kilómetro de aquí, si aceptáis al cachorro de hombre según la Ley. ¿Es difícil?”

Hubo un clamor de decenas de voces, diciendo: “¿Qué importa? Morirá con las lluvias de invierno. Se quemará con el sol. ¿Qué daño puede hacernos una rana desnuda? Que corra con la Manada. ¿Dónde está el toro, Bagheera? Que sea aceptado.” Y entonces llegó el profundo aullido de Akela, gritando: “¡Mirad bien, mirad bien, ¡Oh Lobos!”

Mowgli seguía profundamente interesado en las piedrecitas, y no se dio cuenta cuando los lobos se acercaron y lo miraron uno por uno. Finalmente, todos bajaron la colina en busca del toro muerto, y solo quedaron Akela, Bagheera, Baloo y los propios lobos de Mowgli. Shere Khan seguía rugiendo en la noche, pues estaba muy enfadado porque Mowgli no le había sido entregado.

“Sí, ruge bien,” dijo Bagheera, por debajo de sus bigotes, “pues llegará el momento en que esta cosa desnuda te hará rugir con otro tono, o no sé nada del hombre.”

“Estuvo bien hecho,” dijo Akela. “Los hombres y sus cachorros son muy sabios. Puede ser de ayuda a tiempo.”



‘Akela’ el lobo solitario

“Ciertamente, una ayuda en tiempos de necesidad; pues nadie puede esperar liderar la Manada para siempre,” dijo Bagheera.

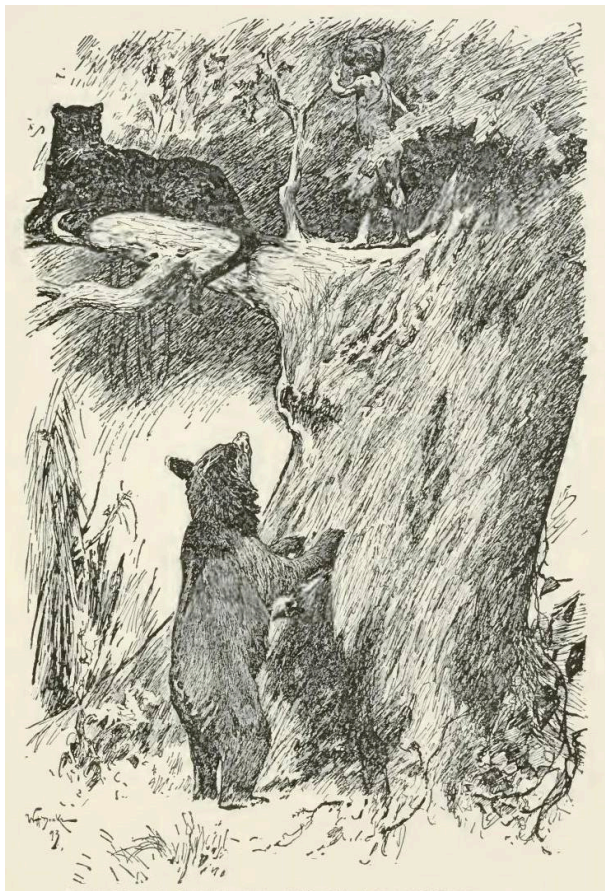
Akela no dijo nada. Estaba pensando en el tiempo que llega a todo líder de toda manada cuando su fuerza se desvanece y se vuelve cada vez más débil, hasta que finalmente es matado por los lobos y llega un nuevo líder, para ser matado a su vez.

“Llévalo,” dijo a Padre Lobo, “y entrénalo como conviene a uno de los Pueblos Libres.”

Y así fue como Mowgli fue admitido en la Manada de Lobos de Seeonee por el precio de un toro y por la buena palabra de Baloo.

Ahora debéis contentaros con saltaros diez u once años enteros, y solo adivinar toda la vida maravillosa que Mowgli llevó entre los lobos, porque

si se escribiera llenaría muchísimos libros. Creció con los cachorros, aunque ellos, por supuesto, ya eran lobos adultos casi antes de que él fuera un niño. Y Padre Lobo le enseñó su oficio, y el significado de las cosas en la selva, hasta que cada crujido en la hierba, cada aliento del cálido aire nocturno, cada nota de los búhos sobre su cabeza, cada rasguño de las garras de un murciélago mientras se posaba un rato en un árbol, y cada chapoteo de cada pequeño pez saltando en un charco significaba tanto para él como el trabajo de su oficina para un hombre de negocios. Cuando no estaba aprendiendo, se sentaba al sol y dormía, y comía y volvía a dormir. Cuando se sentía sucio o acalorado, nadaba en los charcos del bosque; y cuando quería miel (Baloo le dijo que la miel y las nueces eran tan agradables de comer como la carne cruda) trepaba por ella, y Bagheera le enseñó cómo hacerlo.



Bagheera se tumbaba en una rama y llamaba: “Ven, Hermanito.”

Bagheera se tumbaba en una rama y llamaba: “Ven, Hermanito,” y al principio Mowgli se aferraba como un perezoso, pero después se lanzaba entre las ramas casi tan audazmente como el mono gris. También ocupaba

su lugar en la Roca del Consejo, cuando la Manada se reunía, y allí descubrió que si miraba fijamente a cualquier lobo, el lobo se veía obligado a bajar la vista, y así solía mirar por diversión. En otras ocasiones, le quitaba las largas espinas de las almohadillas a sus amigos, pues los lobos sufren terriblemente por las espinas y las bardanas en su pelaje. Bajaba por la ladera hacia las tierras cultivadas por la noche, y miraba muy curiosamente a los aldeanos en sus chozas, pero desconfiaba de los hombres porque Bagheera le mostró una caja cuadrada con una puerta abatible tan ingeniosamente oculta en la selva que casi se cae en ella, y le dijo que era una trampa. Le gustaba más que nada ir con Bagheera al oscuro y cálido corazón del bosque, dormir durante el día somnoliento, y por la noche ver cómo Bagheera cazaba. Bagheera mataba a diestra y siniestra según tenía hambre, y lo mismo hacía Mowgli, con una excepción. Tan pronto como tuvo edad suficiente para entender las cosas, Bagheera le dijo que nunca debía tocar ganado porque había sido comprado para la Manada al precio de la vida de un toro. “Toda la selva es tuya,” dijo Bagheera, “y puedes matar todo lo que seas lo suficientemente fuerte para matar; pero por el toro que te compró, nunca debes matar ni comer ganado, joven o viejo. Esa es la Ley de la Selva.” Mowgli obedeció fielmente.

Y creció y creció fuerte como debe crecer un niño que no sabe que está aprendiendo lecciones, y que no tiene nada en el mundo en qué pensar excepto en cosas para comer.

Madre Lobo le dijo una o dos veces que Shere Khan no era una criatura de fiar, y que algún día debía matar a Shere Khan. Pero aunque un lobo joven habría recordado ese consejo cada hora, Mowgli lo olvidó porque solo era un niño, aunque se habría llamado lobo si hubiera podido hablar en alguna lengua humana.

Shere Khan siempre se cruzaba en su camino en la selva, pues a medida que Akela envejecía y se debilitaba, el tigre cojo se había hecho gran amigo de los lobos jóvenes de la Manada, que lo seguían por las sobras, algo que Akela nunca habría permitido si hubiera osado llevar su autoridad a los límites adecuados. Entonces Shere Khan los halagaba y se preguntaba que tales jóvenes cazadores se conformaran con ser liderados por un lobo moribundo y un cachorro de hombre. “Me dicen,” decía Shere Khan, “que en el Consejo no os atrevéis a mirarlo entre los ojos.” Y los lobos jóvenes gruñían y se erizaban.

Bagheera, que tenía ojos y oídos en todas partes, sabía algo de esto, y una o dos veces le dijo a Mowgli claramente que Shere Khan lo mataría algún día. Mowgli se reía y respondía: “Tengo la Manada y te tengo a ti; y Baloo, aunque es tan perezoso, podría dar un golpe o dos por mi causa. ¿Por qué debería tener miedo?”

Fue un día muy caluroso que una nueva idea se le ocurrió a Bagheera, nacida de algo que había oído. Quizás Ikki el Puercoespín se lo había dicho; pero le dijo a Mowgli cuando estaban en lo profundo de la selva, mientras el niño yacía con la cabeza sobre la hermosa piel negra de Bagheera, “Hermanito, ¿cuántas veces te he dicho que Shere Khan es tu enemigo?”

“Tantas veces como hay nueces en esa palmera,” dijo Mowgli, que, naturalmente, no sabía contar. “¿Y qué? Tengo sueño, Bagheera, y Shere Khan es todo cola larga y palabrería ruidosa, como Mao, el Pavo Real.”

“Pero no es momento de dormir. Baloo lo sabe; yo lo sé; la Manada lo sabe; e incluso los tontos, tontos ciervos lo saben. Tabaqui también te lo ha dicho.”

“¡Ho! ¡Ho!” dijo Mowgli. “Tabaqui vino a verme no hace mucho con unas palabras groseras de que era un cachorro de hombre desnudo y no apto para desenterrar nueces de cerdo. Pero cogí a Tabaqui por la cola y lo balanceé dos veces contra una palmera para enseñarle mejores modales.”

“Eso fue una tontería, pues aunque Tabaqui es un sembrador de discordia, te habría contado algo que te concernía de cerca. Abre esos ojos, Hermanito. Shere Khan no se atreve a matarte en la selva. Pero recuerda, Akela es muy viejo, y pronto llegará el día en que no pueda matar su ciervo, y entonces ya no será líder. Muchos de los lobos que te examinaron cuando fuiste llevado al Consejo ya son viejos también, y los lobos jóvenes creen, como Shere Khan les ha enseñado, que un cachorro de hombre no tiene lugar en la Manada. En poco tiempo serás un hombre.”

“¿Y qué es un hombre para no correr con sus hermanos?” dijo Mowgli. “Nací en la selva. He obedecido la Ley de la Selva, y no hay lobo nuestro de cuyas patas no haya sacado una espina. ¡Seguramente son mis hermanos!”

Bagheera se estiró completamente y entrecerró los ojos. “Hermanito,” dijo, “siente debajo de mi mandíbula.”

Mowgli levantó su fuerte mano morena, y justo debajo de la sedosa barbilla de Bagheera, donde los enormes músculos rodantes estaban ocultos por el pelo brillante, encontró un pequeño punto calvo.